

no quedó más que polvo, barrieron, confundiendo en un agujero, los huesos que habian sido de los emperadores. Cabos embriagados hicieron rodar con el pié en una fosa comun los cráneos de nueve Césares.

Hé aquí lo que hizo Luis XIV en 1693. Justamente cien años despues, en 1793, hé aquí lo que hizo Dios.

Habia en Francia una tumba real, como habia un osario imperial en Alemania. Un dia, dia fatal, en que toda la barbarie de diez siglos reapareció en la superficie de la civilizacion y la sumergió, hordas repugnantes, horribles, armadas, que traian la guerra para hacerla, no á un rey, sino á todos los reyes; no á una catedral, sino á toda religion; no á una ciudad ó á todo un Estado, sino á todo el pasado del género humano; hordas espantosas, digo, sangrientas, desarapadas, feroces, se arrojaron con ímpetu sobre la antigua sepultura de los reyes de Francia. Esos hombres, que nada detuvo en su tremenda obra, venian tambien dispuestos á romper las tumbas, desgarrar las mortajas y profanar los huesos. Extraños y misteriosos obreros venian á poner polvo sobre el polvo. Fíjate en esto: el primer espectro que despertaron, el primer rey al que arrancaron brutalmente el sudario, como se agita el cuerpo de un criado que ha dormido con exceso, el primer esqueleto cuyo manto de púrpura asieron para arrojarlo al osario, fué Luis XIV.

Oh represalias del destino! ¡1693, 1793! ecuacion siniestra! ¡admira esa precision formidable! Al cabo de un siglo para nosotros, al cabo de una hora para el Eterno, lo que Luis XIV habia hecho en Spira con los emperadores de Alemania, Dios se lo devolvió en San Dionisio.

Aun es preciso hacer notar una cosa: el fundador de la catedral de Spira, el más antiguo de los viejos príncipes germánicos, Conrado II, antes de ser emperador de Alemania fué duque de la Francia rhenana. Este duque de Francia fué ultrajado por un rey de Francia. Castigo! castigo! Si Luis XIV en sus campañas de Alemania hubiese pasado á Otterber, donde yo estaba hace un mes, habria visto allí, como en Spira, una admirable catedral, edificada tambien por Conrado II, y esto quizás no hubiese sido inútil al gran rey, porque sobre la portada principal de la sombría galería habria podido leer esta advertencia me-

lancólica y severa, que aun hoy se lee allí:

MEMENTO CONRADI.

CARTA XXVIII.

Heidelberg.

Á M. LUIS B.

El autor se enemista con todos los habitantes de Mannheim.— Heidelberg.—El autor dá muchas explicaciones sobre lo mismo.—La casa del caballero de San Jorge.—Un versículo de la Biblia protege mejor una casa contra el incendio que la plancha de hojalata M. A. C. L.—Detalles poco conocidos del sitio de Heidelberg por las tropas de Luis XIV.—El autor en el bosque.—Desvario.—Enigma esculpido en la pared de una casucha.—El *Camino de los filósofos*.—Sol que se pone.—Paisaje.—Cosas crepusculares y misteriosas que empiezan.—Noche.—El autor en lo alto de la montaña.—Horrible foso entrevisto.—Aventura sobrenatural del zarzal que anda.—*Heidenloch!*—Huellas de los paganos en todas partes en las orillas del Rhin.—Algunas de las visiones de la tarde en estos valles.—Neckarsteinach.—Los cuatro castillos.—El Schwalbennest.—Leyenda de Bigger le Fleau.—El autor deja establecer su profunda admiracion por los cuentos de las niñeras.—Pasaje curioso de Buchanan sobre *Macbeth*.—Lo que el autor escribe en la puerta del Schwalbennest.—Interior de la ruina.—Magnificencias que el autor encuentra en ella.—El castillo sin nombre.—El autor penetra en él.—El interior de una torre grande.—Misterios.—Lo que el autor ve y oye de espantoso en ella llegada la noche.—Apresúrase á salir del castillo sin nombre.—El Neckar en el crepúsculo.—El Petit-Geissberg.—Pasaje que relata la historia.—Mirada arrojada sobre las cosas y sobre las sombras.—El castillo de Heidelberg.—Lo que era en tiempo del conde palatino.—Sentido gúelfo y faccioso de las inscripciones del palacio de Oton-Enrique.—Los electores palatinos tenian aficion á las artes y á las letras.—Federico el Victorioso.—El castillo de Heidelberg á vista de pájaro.—En él se encuentran todos los géneros de belleza.—Huellas de la guerra.—Lo que hacia la señora palatina antes de trocarse en hombre.—El autor siente no haber estado allí en 1693 para dirigir un poco la devastacion.—El patio interior.—La fachada de Federico IV.—La fachada de Oton-Enrique.—La fachada de Luis el Barbudo.—Las columnas de Carlo-Magno.—Comparacion de estas fachadas.—Tristeza.—Una observacion singular.—Los reyes y los dioses.—El autor se imagina el castillo á la claridad del bombardeo.—De qué manera ha sido mutilada cada estatua de príncipe y de emperador.—Estatua de Federico V.—Estatua de Luis V.—La torre de Federico el Victorioso.—Palacio de Oton-Enrique.—El interior.—Enumeracion de todos los edificios y de todos los palacios que contenia el castillo de Heidelberg.—Las torres.—El gran tonel.—Detalles desconocidos y curiosos.—Cuántas botellas de vino tiene el gran tonel.—Lo que el vino se vuelve en él.—Los toneles pequeños.—Uno de los toneles pequeños ha vencido á los granaderos franceses.—Lo que se percibe en la oscuridad.—PERKEO.—Moralidad de todas esas sombrías historias.—Los fantasmas y los aparecidos de Heidelberg.—Jutha.—Los dos jueces francos.—Los músicos jorobados.—La dama blanca.—Irreverencia de la dama blanca con la firma de M. de Cobentzel.—Los dos diablos que el autor vé en pleno medio dia.—Detalle de las pequeñas devastaciones.—Los arquitectos.—Los inválidos.—Los ingleses.—La verja de la escalinata ha tenido sus bárbaros, como nuestra reja de la plaza Real ha tenido sus vándalos.—Siniestro aspecto de la torre Rajada al resplandor de la luna.—Visita nocturna á la ruina de Heidelberg.—Efectos vertiginosos de los rayos lunares.—Opresion de corazon en las habitaciones desiertas.—Incidente.—En qué odioso fantasma el autor se vé forzado á soñar.—El incidente se comporta de una manera lúgubre é inexplicable.—Cólera de las caritades y de las estatuas contra el autor.—Se refugia en el patio.—La luna en las dos fachadas.—Regreso á la ciudad.—POST-SCRIPTUM.—Imprecacion contra las estufas.

Heidelberg, Octubre.

Querido Luis: Prepárate; estoy predis-

puesto á escribirte una carta interminable. Me pides cuatro páginas; *te quiero dar cien*, como dice Orosman. A fé mia, entre tanto malo saca lo que puedas: las amistades viejas son parlanchinas.

Hace diez días que he llegado á esta ciudad, querido amigo, y no puedo separarme de ella. En tu excursion por Alemania hace doce años, ¿estuviste en Heidelberg? Sobre todo, ¿te has detenido aquí? Porque no basta pasar por Heidelberg; es preciso residir en ella, es preciso vivir en ella. Yo no te diré ciertamente tanto de esa especie de falso Versalles badense que se llama Mannheim, insípida villa, cuyas calles parecen cortadas á escuadra en un pedrusco de yeso, y cuyos campanarios, como los de Namur, no son campanarios, sino boliches completos.

Al bajar del buque de vapor del Rhin he permanecido en Mannheim el tiempo preciso para enganchar mi carruaje, y apresuradamente he salido escapado para Heidelberg. Haz tú otro tanto si alguna vez vienes por aquí.

Heidelberg, situada y como refugiada en medio de los árboles á la entrada del valle de Neckar, entre dos cumbres pobladas de árboles más agrestes que las colinas y menos ásperas que las montañas, tiene sus admirables ruinas, sus dos iglesias del siglo quince, su encantadora casa de 1595, de fachada encarnada y estatuas doradas, llamada la posada del Caballero de San Jorge; sus viejas torres á orillas del agua, un puente, y sobre todo su río, su río limpio, tranquilo y salvaje, donde abundan las truchas, se multiplican las leyendas, se erizan las rocas; donde la ola, envuelta entre escollos, no es más que una inextricable red de torbellinos y de corrientes; encantador rio-torrente, en el que se puede asegurar que ningun buque de vapor vendrá nunca á chapotear.

Llevo aquí una vida ocupada, ocupada un poco á la ventura, es cierto; pero no pierdo un instante, te lo aseguro: frecuento el bosque y la biblioteca, ese otro bosque, y por la noche, una vez entro en mi habitacion de la posada, como tu amigo Benvenuto Cellini, escribo en cuartillas, que irán á parar yo no sé dónde, mis aventuras del día.

Questa mia vita travagliata io scrivo.

Solamente que los trabajos de Benvenuto eran estocadas ó puñaladas, evasiones del castillo de Saint-Angelo, combates con hierro afilado por el Rosso contra

los discípulos de Rafael, poblaciones fortificadas, colosos bosquejados, insolencias al Papa ó á la duquesa de Etampes, viajes de bohemio, con sus dos discípulos Pablo y Ascanio, el hotel de Nesle tomado por asalto y vaciado por las ventanas, muebles y servidumbre; y despues, aquí y allí, alguna obra maestra, *qualche bell' opera* como dice él mismo, una *Juno*, una *Leda*, un *Júpiter* de plata alto como Francisco I, ó un jarro de oro, por el cual el rey de Francia daba al cardenal de Ferrara una abadía de siete mil escudos de renta.

Mis aventuras y mis trabajos, los míos, los de este laborioso holgazán que tú conoces tanto, querido Luis, tú lo sabes de memoria, porque has participado de ellos largo tiempo; es un paseo solitario por un sendero extraviado, la contemplacion de un rayo de sol sentado en el musgo, la visita de una catedral ó de una iglesia de aldea, un viejo libro hojeado á la sombra de un viejo árbol, un palurdo á quien dirijo la palabra, un precioso escarabajo acorazado de oro violado, que ha caido por desgracia de espaldas, que se agita, y que yo al pasar le hago recobrar su posición con la punta de mi pié; algunos versos mezclados á todo esto, y luego desvarios de muchas horas ante la Roche-More en el Ródano, de Chateau-Gaillard en el Sena, el Rolandseck en el Rhin; ante una ruina junto á un río, ante lo que cae junto á lo que pasa, ó, espectáculo á mis sentidos no menos conmovedor, ante lo que florece, junto á lo que canta, ante un myosotis inclinando su racimo azul junto á un arroyo de agua viva.

Hé aquí lo que yo hago, ó mejor dicho, lo que yo soy; porque para mí, *hacer* se deriva fatal é inmediatamente de *ser*. Como se es, se hace.

Aquí, en Heidelberg, en esta ciudad, en este valle, en estos escombros, la vida del hombre pensador es encantadora. Comprendo que no me iría de este país si tú estuvieses en él, querido Luis, si yo tuviese aquí todos los míos y si el verano durase algo más.

Por la mañana salgo y desde luego —perdóname una frase desvergonzadamente arriesgada, pero que expresa mi pensamiento—paso, para hacer almorzar mi espíritu, por delante de la casa del Caballero de San Jorge. Verdaderamente es un precioso edificio. Imagínate tres pisos con ventanas estrechas soportando un frontis triangular de gruesas volutas; á lo ancho de estos tres pisos dos torreci-

llas de espionaje con tejados caprichosos, saliendo el alero hácia la calle, y toda esta fachada, de asperón rojo, esculpida, cincelada, trabajada con esmero, tan pronto chocarrera, tan pronto severa y cubierta de alto á bajo de arabescos, medallones y bustos dorados. Cuando el poeta que edificó esta casa la terminó, escribió con letras de oro, en el centro del frontispicio, este versículo sumiso y religioso: *Si Jehova non ædificet domum, frustra laborant ædificantes eam.*

Esto era en 1595. Veinticinco años despues, en 1620, la guerra de los Treinta años comenzó por la batalla del Mont-Blanc, cerca de Praga, y continuó hasta la paz de Westfalia en 1648. Durante esta larga Iliada, en la que Gustavo Adolfo fué Aquiles, Heidelberg, cuatro veces sitiada, tomada y recobrada y dos veces bombardeada, fué incendiada en 1635.

Una sola casa se escapó de las llamas, la construida en 1595.

Todas las otras que se construyeron sin invocar el nombre del Señor se quemaron por completo.

Durante la paz, el elector palatino Carlos Luis, al que se le ha dado el sobrenombre del Salomon de Alemania, volvió de Inglaterra y volvió á levantar su ciudad. A Salomon sucedió Heliogábalo, al conde Carlos Luis el conde Carlos, á la rama palatina de Wittelsbach-Simmern la rama palatina de Pfalz-Neubourg, y, en fin, á la guerra de los Treinta años la guerra del Palatinado. En 1689, un hombre cuyo nombre se utiliza hoy en Heidelberg para asustar á los niños, Melac, lugarteniente general de los ejércitos del rey de Francia, entró á saco en la ciudad palatina y la convirtió en un monton de escombros.

Una sola casa sobrevivió, la casa de 1595.

Apresuráronse á reconstruir Heidelberg. Cuatro años más tarde, en 1693 (1),

(1) A propósito de este sitio, en el que la ciudad fué saqueada en doce horas que dejaron abiertas las trincheras, y que dejó en Alemania un fatal recuerdo que quizá no se borre en diez siglos, ofrezco algun interés transcribir aquí algunos detalles desconocidos y algunas páginas curiosas extractadas de la *Gaceta de los entresuelos del Louvre*, ya citada en la carta XXVII. Escusado es decir que estos extractos son textuales y que, en cuanto á las comparaciones que puedan hacer nacer en el espíritu del lector, el autor de este libro no ha tenido la intención ni de buscarlas, ni de evitarlas.

Gaceta del 28 de Mayo.

«El señor de Melac, lugarteniente general, ocupa las alturas que dominan el castillo con doce batallones y cincuenta dragones. Ha arrojado á los enemigos de su reducto, desde donde se le puede atacar de flanco los trabajos de la plaza.

»Se ha fijado una batería de seis cañones al otro lado del Neckar. La trinchera debe estar abierta esta tarde por el mar-

los franceses volvieron; los soldados de Luis XIV violaron en Spira las sepulturas imperiales y en Heidelberg las tumbas palatinas. El mariscal de Lorges puso fuego á los cuatro lados de la residencia electoral: el incendio fué horrible; todo Heidelberg ardió. Cuando el torbellino de llamas y de humareda que

qués de Chamilly, lugarteniente general; la del lado del frente de las obras de tierra del arrabal, por la brigada de Picardía.»

(En el campo delante de Heidelberg, 21 de mayo de 1693.)

«Seiscientos hombres de Hesse-Cassel vinieron para abastecer la plaza.

»El señor de Melac los hizo atacar de la manera siguiente: «Cien hombres del regimiento de Picardía, mandados por los señores de Coste y Despic, marcharon por entre las viñas de la montaña. Iban seguidos por ciento treinta del regimiento de la Reina y cincuenta caballos del regimiento coronel general de Melac y de Lalande, que llevaban granaderos á la grupa. La segunda compañía de los granaderos de la Reina se adelantó por un buen camino entre la montaña y el río, con un cañón á su cabecera, para atacar un atrincheramiento que los enemigos habían levantado en el mismo camino. Ciento cincuenta hombres del regimiento de la Reina sostenían la compañía de granaderos; la caballería y los dragones sostenían toda la infantería. Y se atacó á los enemigos por todas partes, los que abandonaron desde luego el primero y segundo atrincheramiento, pero se hicieron fuertes en el último. El señor de Melac hizo avanzar entonces á los granaderos, que atacaron á los enemigos por el flanco, de tal manera, que comenzaron á tomar soleta. Aun se hicieron firmes por algun tiempo detrás de las bardas y de las viñas, pero la caballería les obligó por fin á emprender la huida. Los unos hicieron esfuerzos para volver á subir la colina por dentro de las viñas y los otros se salvaron en la aldea de Vebelingen, que está al pié de la montaña. Sin embargo, habiendo sido reforzados por un grupo de campesinos armados, se creyeron en el deber de volver á la carga; pero los granaderos los rechazaron tan vivamente, que les obligaron á emprender de nuevo la huida, despues de haberles muerto más de ciento cincuenta hombres y hecho muchos prisioneros. Los franceses no han tenido en este encuentro más que tres hombres heridos, que son: un granadero del regimiento de la Reina, un soldado de Picardía y uno de caballería del regimiento de Melac.»

Gaceta del 1.º de Junio.

«22 por la mañana. Los enemigos, viéndose estrechados y envueltos por las baterías, quisieron abandonar lo que quedaba del arrabal en pleno día. Se les empujó hasta la puerta de la ciudad, que ellos cerraron; los granaderos de Picardía la echaron á tierra á hachazos, y no obstante el gran fuego que hacían, los rechazaron hasta la puerta del castillo, que los sitiados cerraron, dejando fuera más de quinientos de los suyos, que fueron muertos ó cogidos prisioneros.

«...Las tropas entraron por todas partes en la ciudad, la que saquearon, sin que los oficiales generales pudiesen impedirlo. El castillo pidió capitular. El mariscal duque de Lorges no quiso otorgar condiciones. Se rindieron á discrecion y salieron el 23 en número de mil ochocientos hombres. Trescientos soldados prisioneros, que habían sido reclusos en la gran iglesia, prendieron fuego á los dos campanarios, que se comunicó á la ciudad, y, aunque se trabajó para apagarlo, quemó la mayor parte. Se encontraron cuarenta millares de pólvora, muchas granadas, bombas, doce cañones fundidos y diez de hierro. También se hicieron dueños del puente de barcas que habían construido los enemigos.»

«Paris 30 de Mayo de 1693. El rey salió de Compiègne el 22 del mes para ir á acostarse en Roye; el 23 se acostó en Peronne, el 24 en Cambrai y el 25 en Quésnoy.

»El rey y la reina de la Gran-Bretaña vinieron aquí el 27 á ver á sus Altezas Reales, y oyeron las oraciones en el monasterio de los Capuchinos.»

Gaceta del 6 de Junio.

«...La ciudad está tomada; los soldados, los de caballería y los dragones, entraron en ella por todas partes y comenzaron á saquearla... Los soldados no pudieron ser detenidos, por más que hacían los oficiales para impedir las consecuencias del desorden y el incendio de la ciudad, aunque habiendo sido tomada por asalto no pudiesen evitarse. El marqués de Chamilly hizo desde

envolvía la ciudad se disipó, vióse una casa, una sola, en pié en aquel monton de cenizas.

Aun era la misma casa de 1595.

Hoy, la preciosa fachada bermeja adamascada de oro, siempre virgen, intacta y altiva y solo digna de ligarse al castillo en ese insignificante amontonamiento de casas blancas que forman actualmente Heidelberg, se yergue soberbiamente en la ciudad y hace centellear al sol la triunfante inscripción, en la que leo todas las mañanas al pasar que Jehová ha sido el obrero y que Jehová ha sido el salvador.

Verdad es, porque es preciso decirlo todo, que la devoción del Renacimiento se razonaba con fantasías paganas, y también es verdad que el efecto de ese grave salmo está un poco modificado por esa línea profana que el arquitecto ha grabado por encima: *Prostat invicta Venus*, la que debe encontrarse algo mortificada por esta tercera leyenda que corona el frontis: *Soli. Deo. Gloria.*

Saludada la milagrosa casa, paso el puente y me voy á la montaña.

Allí yo me hundo, me pierdo; camino á la ventura, tomo el camino que se me presenta; miro, capitel por capitel, los árboles, esos pilares de la gran catedral misteriosa, y sumido en la lectura de la naturaleza, como los viejos puritanos en

luego poner los prisioneros y muchos vecinos con sus mujeres y sus hijos en la gran iglesia, como en un lugar seguro. Pero estos prisioneros prendieron fuego á los dos campanarios, y de ellos se comunicó á las casas de la ciudad y á los arrabales, desde donde por azar se prendió en algunos otros sitios y se esparció casi por todas partes, á pesar del cuidado que se tuvo para apagarle. El señor de Heidersdorf, que mandaba en el castillo, pidió entretanto capitular. Un capuchino fué muchas veces de una parte á la otra, acompañado de un teniente coronel y de un magistrado. La capitulación se concertó. Se encontraron diez millares de plomo en barras, siete en balas, cinco mil granadas cargadas, cien bombas y un gran número de herramientas. Las tropas comenzaron después á demoler las fortificaciones del castillo.»

El mismo número.

«Du Quesnoy 2 de Junio de 1693.

»El 28 del mes último, un correo despachado por el mariscal duque de Lorges llevó al rey la noticia de la toma de Heidelberg. El 31 el rey hizo sus devociones y visitó á los enfermos. Su majestad nombró al abad de la Luzerne para el obispado de Cahors y al abate de Denonville para el obispado de Comminges. Su majestad dió una canongía de la Santa-Capilla al señor Boileau, decano de la iglesia de Sens, y otra al señor Basire.»

«Paris 6 de Mayo de 1693.

(*Sic. Errata*, 6 de Junio.)

»El primero de este mes se cantó en la iglesia de Nuestra Señora, por orden del rey, el *Te-Deum* en acción de gracias por la rendición de Heidelberg. Asistieron á él las órdenes religiosas con las ceremonias acostumbradas, y por la tarde hubo fuegos en todas las calles.»

Además del saqueo de la ciudad, la toma de Heidelberg tuvo un lúgubre final. Al llegar al campamento de los imperiales en Heilbron, el general Heidersdorf, que había capitulado con el mariscal de Lorges, fué sometido ante los jueces militares y condenado á muerte. Se le cortó la cabeza. Un capitán y un teniente fueron envueltos en el proceso que se le siguió y participaron de su suerte.

la meditación de la Biblia, busco á Dios.

Amigo mio, cada cual tiene su libro; y, fijate, en el Evangelio como en el paisaje, la misma mano ha escrito las mismas cosas. Respecto á mí, yo pienso que todas las fases de Jehová quieren y deben ser contempladas, y esta idea regula y llena todos mis desvarios desde hace veinte años: tú lo sabes, tú, Luis, que me quieres y á quien yo quiero. Pienso también que el estudio de la naturaleza no daña en manera alguna á la práctica de la vida, y que el espíritu que sabe ser libre y alado entre los pájaros, perfumado entre las flores, móvil y vibrante entre las olas y los árboles, sereno y apacible entre las montañas, sabe también, cuando llega la hora y mejor quizá que nadie, ser inteligente y elocuente entre los hombres. Yo no soy nada, ya lo sé, pero yo formo mi nada con pedacitos de todo.

Así he ido todo el día sin darme cuenta por dónde iba, la mirada fija con frecuencia en tierra, la cabeza encorvada hácia el sendero, los brazos atrás á la espalda, dejando perder las horas y recogiendo los pensamientos cuando los encontraba. Me he sentado en esos excelentes sillones cubiertos de musgo, es decir, de terciopelo verde, que la antigua Palés excava al pié de todas las viejas encinas para el viajero fatigado; he puesto en libertad, en señal de bienvenida, como un soberano benigno, todas las moscas y todas las mariposas que he encontrado cogidas en las telarañas que he visto formadas alrededor de mí; pequeña y oscura amnistía, que, como todas las amnistías, solo incomoda á las arañas. Y después he visto circular por debajo de mi trono, en el barranco, un admirable arroyo sembrado de rocas puntiagudas, donde se arruga en mil pliegues la túnica de plata de la náyade; ó bien, si el monte no tenía torrente, si el viento, las hojas y la yerba se callaban, si el sitio era muy tranquilo, muy desierto, muy alejado de toda ciudad, de toda casa, hasta de toda cabaña, he impuesto el silencio en mí mismo á todo lo que murmura sin cesar en nosotros, he abierto el oído á las canciones de algún joven montañés perdido en la arboleda con su rebaño de cabras, allá abajo, muy lejos, por encima ó por debajo de mí. Nada hay tan melancólico y dulce como la tirolesa salvaje cantada en la sombra por un pobre pastorcillo, invisible para la soledad que la escucha. Algunas veces sucede que en toda una

gran montaña no hay más que la voz de un niño.

Los montañeses de esos bosques vecinos al Bosque-Negro tienen una especie de canto claro-oscuro que es encantador.

Como tengo la costumbre de pasear todos los días, comienzo á ser conocido y aceptado por todas estas aldeas. Los niños que juegan á los soldados desordenan sus filas para dejarme pasar; el carretero del valle del Neckar me sonríe por debajo de su fieltro, adornado de galones de plata con flecos colgantes y rosas artificiales; los campesinos me saludan gravemente con su gran sombrero á lo Enrique IV; las jóvenes y las viejas me consideran como un transeunte familiar y me dicen "Guttag". A propósito; aquí, más que en ninguna otra parte, me pregunto, cada vez que atravieso una calle de pueblo ó de lugarejo, cómo de tantas preciosas muchachas pueden hacerse tantas viejas feas.—Dibujo aquí y allí barracas que tienen carácter especial. En este país, devastado por las guerras feudales, las guerras monárquicas y las guerras revolucionarias, las cabañas están construidas con ruinas de castillos; esto produce extraños edificios. El otro día encontré una casucha de aldeano formada del modo siguiente: cuatro paredes de adobes, blanqueadas con cal; una puerta y una ventana en la fachada; á la derecha de la puerta el león de Baviera coronado, llevando el globo y el cetro, esculpido casi en completo relieve en una ancha losa de asperón rojo. A la izquierda de la ventana, otra losa de asperón rojo, gran bajo-relieve representando un puño crispado sobre un tajo y medio cortado por un hacha. Encima del hacha esta fecha borrada: 16...; por debajo del tajo esta otra fecha: 1731; entre las dos fechas esta palabra: *RENOVATUM*. No hay nada más misterioso ni más siniestro que ese bajo-relieve. No se vé al hombre cuyo puño aparece, ni se vé el verdugo cuya hacha se muestra. Ese horrible acontecimiento parece salir de una nube. Los dos bajo-relieves están incrustados en la pared un poco más abajo de los viejos listones del techo. El león palatino se vuelve como irritado y furioso hácia ese puño medio cortado. Ahora bien, ¿quién ha llevado allí ese león? ¿qué significa ese horrible bajo-relieve? ¿qué crimen hay á través de ese suplicio? ¿qué singular azar es ese que tuvo el capricho de completar una choza con ese león rugiente y esa mano

sangrienta? Una vara de vid cargada de racimos trepa alegremente á través de este sombrío enigma.

A fuerza de mirar encontré algunos caracteres grabados en lo alto del bajo-relieve del puño cortado, y separando los racimos y las hojas descifré la palabra *Burg-Freyheit*.

El mismo día, y ya hácia la tarde—había dejado á medio día la ciudad por el camino llamado *de los Filósofos*, por cuyo camino se vá no sé á dónde, lo cual se explica en un camino de filósofos,—me encontraba en un valle cualquiera. Comencé á trepar la pendiente de una alta colina por una de esas sendas antiguas que se encuentran con frecuencia en este país, senderos-escaleras, pavimentadas de grandes rocas toscas, parecidas á los muros ciclópeos colocados de plano en el suelo, que los ignorantes atribuyen á los gigantes y los sábios á los romanos, es decir, siempre á los gigantes.

El día se apagaba detrás de mí en la llanura del Rin.

Era uno de esos soles ponientes siniestros en que el sol parece abismarse para siempre en la sombra, aplastado bajo nubes de granito, sin forma regular y nadando en un inmenso mar de sangre.

Yo subí lentamente á los resplandores de esta luz.

Poco á poco palidecía; después desapareció. Cuando estuve á mitad de la colina me volví.

Tenia ante mis ojos uno de esos grandes paisajes crepusculares en que las montañas se arrastran por el horizonte como enormes caracoles y en que las corrientes y los ríos, pálidos y ondulantés á través de la bruma, se asemejan á la huella plateada que aquellos imprimen.

El monte se volvía cada vez más áspero, la escalera de las rocas se prolongaba indefinidamente; pero los arbustos y los castaños jóvenes enanos se agitaban alrededor de mí con ese murmullo amigable y hospitalario que invita al viajero á proseguir su camino.

Emprendí, pues, de nuevo mi ascensión.

Cuando llegué á la cima de uno de los lados más bajos del monte, la luna, la luna llena, redonda y brillante, que es de cobre en las llanuras y de oro en las montañas, apareció de repente delante de mí, y trepando ella misma á lo largo de la colina vecina, se deslizó á flor de tierra por los negros matorrales, como un disco espléndido empujado por gé-

nios invisibles. Toda esta cadena de cimas y valles, vista á esta claridad, gradas de ese sendero de los gigantes, tenia yo no sé qué aspecto sobrenatural.

Comenzaba á tener necesidad de ayuda. La luna iluminaba mi camino, lo que me era muy conveniente. Al mismo tiempo mi sombra echó á andar á mi lado como para darme compañía. Diez minutos despues llegué á lo alto de la montaña. Desde bajo yo no la creí tan alta. Sea dicho de paso, esa es la historia de todas las grandes cosas vistas desde abajo. De aquí nacen los juicios mezquinos y estrechos de los hombres pequeños sobre los grandes hombres.

Solo poblaba el cielo la luna. Ni una nube, ni una estrella. Era ese gran dia de la noche que brilla una vez por mes. En la cima del monte, vasta prolongacion de la misma, cubierta de maleza y barrida por el viento, lo que se extendia ante mis ojos no era un paisaje, sino un gran mapa casi circular, esfumado por la distancia y los vapores, como el que debió ver Jesucristo cuando Satán le transportó á la montaña para ofrecerle los reinos de la tierra. Entre paréntesis, hacer una proposición semejante al que sabe que es Dios y que tiene el poder de Dios, ofrecer los reinos de la tierra al que tiene los reinos del cielo, es un rasgo de estupidez, digámoslo en confianza, que me causa pena comprender que se le ocurra á esa especie de Voltaire antidiuviano que llamamos el diablo.

Hacia el Norte, la maleza venia á terminar en un bosque. Ni una choza, ni una cabaña de leñador. Una soledad profunda.

Paseándome por esta prolongacion de la cima apercibí, á algunos pasos de un sendero que apenas se distinguia, debajo de zarzales escabrosos—á propósito de zarzales, la palabra *horridus* falta en nuestra lengua; expresa menos que *horrible* y más que *escabroso*,—apercibí, digo, una especie de agujero, hacia el cual me dirigí.

Era un foso cuadrado bastante grande, profundo de diez ó doce piés, ancho de ocho ó nueve, por donde se encorbaban zarzas rojizas y en el que los rayos de la luna entraban por las hendiduras de la maleza. Vagamente distinguí en el fondo un embaldosado de anchas losas minado por las lluvias, y en las cuatro paredes una poderosa mampostería de piedras enormes, en la actualidad informe y horrible bajo las yerbas y los musgos.

Se me antojó ver en el pavimento algunas esculturas gastadas por el tiempo y mezcladas á los escombros, y entre esos escombros un gran bloque redondeado, groseramente trabajado, teniendo horadado en su centro un agujerito cuadrado, cuyo bloque podia ser un altar céltico ó un capitel del siglo diez.

No habia ni un peldaño para bajar á la excavación.

Esto quizás fuera una simple cisterna, pero te aseguro que la hora, el lugar, la luna, las zarzas y las cosas confusas entrevistas en el fondo, daban yo no sé qué de temible y de salvaje á esa misteriosa estancia sin escalera, hundida en la tierra, con el cielo por techo.

Qué cosa es ese foso singular? Tú que me conoces, comprenderás mi obstinacion en buscar y saber algo más de lo que me dicen la luna y el desierto sobre esa cueva: separé las zarzas con mi baston, me agarré á los sarmientos, que cogí á puñados, y me incliné para ver en esa sombra.

En aquel momento oí una voz grave y cascada pronunciar distintamente detrás de mí esta palabra: *Heidenloch!*

Aunque sé poco aleman, conozco esta palabra. Significa *agujero de los Paganos*. Me volví.

Nadie en la maleza; el viento que soplabá y la luna que iluminaba. Nada más.

Solamente allá, al lado del bosque, á una treintena de pasos, entre la luna y yo, me pareció que habia una masa de sombra, un alto zarzal, en el que aun no me habia fijado.

Creí haberme engañado y que, como todos los que se pasean en las soledades, me habia vuelto algo visionario, y me puse á explorar el borde del foso.

Y volvió á sonar la voz por segunda vez, y de nuevo volví á oír detrás de mí las tres sílabas extrañas: *Heidenloch!*

Esta vez me volví con viveza y, á mi vez, dije en voz alta: *Quién está ahí?*

En este instante creí notar, no sin un estremecimiento involuntario, te lo confieso, que el alto zarzal avanzaba algunos pasos.

Repetí: *Quién está ahí?* y en el momento en que iba á marchar resueltamente hacia él, ví que se dirigia hacia mí, y oí sonar por tercera vez la voz decrepita que decia *Heidenloch!*

En estos lugares desiertos, á estas horas intempestivas de la noche, se es propenso á las supersticiones, y te declaro que todas las leyendas del Rhin y del

Neckar comenzaron á presentarse en mi imaginacion y me subieron al cerebro como un vapor, cuando el zarzal sobrenatural se volvió. Entonces lo que estaba en la sombra dió frente á la luna, y distinguí una viejecita encorvada hasta la barba, apoyada en un baston de gruesos nudos, casi escondida en un gran monton de ramas que se desbordaban por todos lados, barriendo la tierra por detrás de ella y balanceándose por encima de su cabeza de la manera más fantástica. Ella me miraba con sus ojos grises, repitiendo: *Heidenloch! Heidenloch!*

Se hubiese dicho que era una vieja driada arrojada por los leñadores, llevando su árbol á la espalda.

Era sencillamente una pobre mujer que venia de cortar leña en el bosque, que habia visto un extranjeró y que le habia dado una noticia que sin duda buscaba, y ahora regresaba á su choza á la luz de la luna, arrastrando su haz por el sendero de los gigantes.

Le dí las gracias dándole algunos kreutzers y la observé con admiración. En mi vida habia visto una vieja más pequeña debajo de un haz más enorme.

Ella me dirigió, con un gruñido de reconocimiento, una horrible mueca graciosa, que hace cincuenta años habria sido una fresca y encantadora sonrisa. Despues me volvió la espalda, es decir, la leña, y al cabo de algunos minutos, al llegar á la pendiente del monte, se hundió en la tierra y se desvaneció como una aparicion. Su explicación, sin embargo, no explicaba nada. Era una palabra lúgubre añadida á una cosa lúgubre. Hélo aquí todo.

Te confieso que permanecí mucho tiempo en este sitio mirando el *agujero de los Paganos*, que es quizás la tumba abierta y vacía de un gigante, tal vez una cámara druídica, acaso el sumidero de un campo romano, ó el depósito pluvial de algun convento bizantino desaparecido, ó la horrorosa cueva sepulcral de un cadalso demolido, cuyas paredes silenciosas han sido quizás regadas con sangre humana ó rellenadas de esqueletos, ó ensordecidas por la danza del *sábado* girando alrededor del osario; foso lleno de tinieblas, en el que la luna arroja hoy un rayo lívido y una vieja una palabra siniestra.

Cuando bajé de la montaña distinguí entre los árboles, en una cima vecina, una torre ruinosa, á la cual se une sin duda la excavación, cuya significacion se ha perdido hoy.

Los paganos, es decir, los sicambros segun unos y los romanos segun otros, han dejado además huellas profundas en las tradiciones populares, que aquí se mezclan por todas partes á la historia y la embrollan. En Lorch, á la entrada del Wispental, hay otro *agujero de los Paganos*, llamado tambien Heidenloch. En Winkel, junto al Rhin, la antigua Vini-cella tiene la *calle de los Paganos*, Heidengass, y en Wiesbade, la antigua Visibadum, tiene el *muro de los Paganos*, Heidenmaner.

Entre estos vestigios paganos no cuento una especie de arco, cuyos restos, cubiertos de hiedra, se desploman en la montaña detrás de Caub, á una legua cerca de Gutenfels, y que los campesinos llaman el *punte de los Paganos*, Heidenbrücke, porque me parece evidente que es la ruina de un puente construido allí por los suecos durante la guerra de los Treinta años. Por lo demás, la tradicion no se equivoca gran cosa. Gustavo Adolfo es casi un Scipion, y lo que él hizo en el Rhin en el siglo diez y siete es la gran guerra clásica, la guerra romana. Las mismas estrategias que Polibio refiere en la guerra púnica, Folard las encuentra y las hace constar en la guerra de los Treinta años.

Aquí tienes, querido Luis, las aventuras de mis caminatas, y francamente, no me admira que los cuentos y leyendas hayan germinado por todas partes en un pais en donde los zarzales se pasean de noche y dirigen la palabra á los transeuntes.

La otra tarde, á la hora del crepúsculo, tenia delante de mí una alta cumbre negra y pelada, llenando todo el horizonte y sobrepuesta en su cúspide una gran torre ruinosa, aislada como las torres maximilianas del valle de Linz. Cuatro grandes almenas usadas, desportilladas y cambiadas por el tiempo en triángulos, completaban la sombría silueta de la torre y le formaban una corona de florones agudos. Los campesinos, actuales habitantes de esta casucha, habian encendido en el interior una inmensa hoguera de leña, cuyas llamaradas aparecian por fuera de las tres únicas aberturas que tuvo la ruina, una puerta cimbrada bajo y dos ventanas arriba. Así iluminada, no era ya una torre, era la cabeza negra y monstruosa de un espantoso Pluton abriendo su boca llena de fuego y mirando por encima de la colina con sus ojos hechos brasas.

A aquellas horas, cuando el sol se ha